

JUVENIL

El faldón de la pólvora



© Del texto: 2015, Emilia Pereyra

© De esta edición:

2015, Editorial Santillana, S.A.

Calle Juan Sánchez Ramírez No. 9, Ens. Gascue

Santo Domingo, República Dominicana

Teléfono 809-682-1382

Las sedes del Grupo Santillana son:

Argentina, Bolivia, Brasil, Colombia, Costa Rica, Chile,
Ecuador, El Salvador, España, Estados Unidos, Guatemala,
Honduras, México, Panamá, Paraguay, Perú, Portugal,
Puerto Rico, República Dominicana, Uruguay y Venezuela.

ISBN: 978-9945-19-775-4

Impreso en Colombia

Ilustración de portada: Guillermo Pérez

Primera edición: junio de 2015

Primera reimpresión: mayo de 2018

Segunda reimpresión: mayo de 2020

Todos los derechos reservados. Esta publicación no puede ser reproducida, ni en todo ni en parte, ni registrada ni transmitida por un sistema de recuperación de información, en ninguna forma ni por un medio, sea mecánico, fotoquímico, electrónico, magnético, electroóptico, por fotocopia, o cualquier otro, sin el permiso previo escrito de la editorial.

El faldón de la pólvora

Emilia Pereyra

*Fue mujer con orgullo de soldado
que dejó para siempre conquistado
un nombre ya inmortal para la historia.*

FRANCISCO PEREIRA HIJO

Índice

1. La pólvora en el patíbulo	13
2. La conjura	19
3. La sorpresa del ministro	25
4. Olas encrespadas	31
5. La furia del caudillo	37
6. Los ladridos de Malé	43
7. Carta de una independentista a un patriota: Rosa Duarte le escribe a su hermano Juan Pablo...	49
8. La sentencia y la cruz	51
9. Carta de un trinitario a un patriota: de José María Serra a Francisco del Rosario Sánchez....	56
10. Letras de despedida	59
11. Carta a la condenada	63
12. La propuesta de Bobadilla	65
13. Carta a un trinitario: de Idelfonso Mella Castillo a Ramón Mella	70
14. Indeseadas visitas	73
15. La gallina ciega	80
16. Carta de una independentista a un libertador: de Juana Trinidad (Juana Saltitopa) a Matías Ramón Mella	85
17. Rabia y desvelos	88
18. Intento de salvación	93

19. Manifiesto de varios ciudadanos al señor presidente Pedro Santana y a los miembros de la Junta Gubernativa	99
20. Camino del martirio	101
21. Carta de un libertador a otro libertador: de Juan Pablo Duarte a Francisco del Rosario Sánchez	106
22. Tormenta de estrellas	109
23. Carta de un libertador a otro libertador: de Francisco del Rosario Sánchez a Juan Pablo Duarte	115
24. Mala puntería del pelotón	118
25. El fuego y el último aliento	125

CAPÍTULO I

La pólvora en el patíbulo

El primer disparo truena en los oídos de María Trinidad Sánchez y apenas se revuelve por dentro la débil figura vestida con la eterna saya marrón mientras espera la descarga mortal.

Ante los verdugos, la mujer mira el crucifijo de plata. Su rostro permanece sereno, como si orara tranquilamente un día cualquiera en el reposo de la capilla del Carmen. Aspira con calma el nauseabundo olor de la pólvora, acabada de estallar, y sus ojos se quedan fijos, la frente en alto, apuntando hacia el sol deslumbrante algo manchado por rabos de nubes tristes.

A su derecha, Andrés Sánchez, su querido sobrino, cae fulminado por el fuego. El tiro le parte el corazón y apenas puede lanzar un grito que rompe las entrañas de la gente. En silencio, María Trinidad se conmueve y reza por el descanso de su alma.

“En segundos lo acompañaré a la morada del Señor y en sus brazos descansaremos por siempre”, susurra ella.

Suenan dos detonaciones más pero ninguna roza siquiera a la mujer, erguida como una palmera. Los soldados lucen nerviosos y desconcentrados.

En el cementerio, los sollozos crecen, cual oleadas, y se extienden como pelusas viajeras entre la gente conmovida. Ahora no hay brisa aunque muy temprano la amable atmósfera de febrero se fue tiñendo de grises. Luego despidió lo sombrío ese jueves en el que ha llovido muy temprano y brillan con fuerza los árboles frondosos.

Monseñor Tomás de Portes hace un gesto con la mano, intentando contener los tiros.

—¡Deténganse! ¡Ninguno de estos soldados es capaz de matar a esta hija de Dios! ¡Ninguno! Hasta tiemblan al disparar. Esta ejecución es un suplicio. ¡No hay valor para cortar una vida santa! ¡Ningún corazón merece tantos tormentos y menos el de una piadosa y tampoco el de los demás desdichados que padecen la condena!

—Entonces que me dispare mi propia sangre. ¡Narcisazo podría hacerlo! —propone María Trinidad.

—¡Eso es imposible, señora! —dice el arzobispo, persignándose.

—Sí, dispárele —ordena el comandante y mira con autoridad a Narcisazo Sánchez, hermano de María Trinidad. Los ojos marchitos de la condenada vuelan hasta el amado rostro. Desesperadamente, el hombre afligido también la busca con las pupilas.

—¿Yo? ¡Pero ella es mi hermana! —exclama con asombro.

—¡Usted mismo, seño! ¡Dispárele! Dispárele a estos traidores y la patria se lo agradecerá.

Narcisazo se prende de furia. Ladra enloquecido Malé, el perro de María Trinidad, que el padre Marcos Pardo ha llevado hasta el patíbulo. Y se suman otros bramidos. Una jauría aviva la conmoción de la gente.

Hasta los gatos han llegado en racimos y maúllan sin cesar. ¿Por qué?, se preguntan algunos.

“Nada raro”, se responde doña Manuela Diez, desalentada. “Ella ha vivido alimentando a todos esos animales y han venido a despedirse en esta hora espantosa. La pobre debe estar agonizando por dentro, aunque lo disimule”.

—¡No mataré a mi propia hermana! —contesta Narcisazo.

—¡Tiene razón! ¡No repetiremos la historia de Caín y Abel! —replica el prelado.

Se hinchan los lamentos. Todos miran hacia las mujeres llorosas, abatidas por la angustia. Baltasara de los Reyes trata de ahogar los quejidos tapándose la boca con un pañuelo y se sostiene a duras penas, agarrándose de una cruz. Ana Valverde, marchita, gimotea ruidosamente. Se aprieta las manos y sus ojos lacrimosos imploran compasión a los soldados.

La dolida Rosa Duarte no puede hablar, se muerde los labios y se tortura pensando: “¿Cómo han podido estos canallas elegir el primer aniversario de la independencia para asesinar a siña María Trinidad y a los demás patriotas? ¡Santana es un malvado! ¿Qué dirá de esta barbaridad mi hermano Juan Pablo?”.

Doña Chepita Pérez luce pálida y ojerosa. Se va debilitando hasta que se sienta sobre una piedra y se toca el pecho. “Esto que ven mis ojos debe ser una pesadilla. Nada puede ser real”, se dice.

“Pero tal vez el sanguinario Santana se arrepiente en el último instante y detiene la ejecución”, razona Filomena Gómez, ansiando un milagro.

De repente, un albañil se sube a una tumba, abre los brazos hacia el cielo y grita: “¡Compasión, compasión!”.

El ruego punza el corazón de la condenada y desata lloros de la gente. Hombres y mujeres sollozan, mordiéndose los labios. La pena es desgarradora y no pueden contenerla.

Junto a las mujeres, amigos y parientes de María Trinidad, se han ido congregando otras personas que llegan desde San Carlos, San Antón, San Miguel, Santa Bárbara, San Lázaro, La Misericordia, Los Bañados, Los Mina y otros barrios.

Todos esperan estremecidos el inevitable final. Varias monjas del convento de Santa Clara oran, asidas a sus rosarios, y algunos sacerdotes rezan Padre-nuestros acariciando antiguos crucifijos.

María Trinidad mira hacia la izquierda. Sus compañeros de desgracia lucen conmovidos. Aferrado a una última esperanza, el venezolano José del Carmen Figueroa tiene el rostro arropado por la palidez de la muerte y le susurra: “Pídale a la Virgen del Carmen un milagro. A usted la escuchará”.

El ex soldado Nicolás de Barías también le dice a su compañera de desdicha: “¡Ay, María Trinidad, venir a morir así, ay, no es justo! ¡Clame a Dios por nosotros! ¡Clame!”.

La condenada traza una delicada sonrisa que navega entre la calma y el desconsuelo. Su fe la sostiene. Ha levantado un muro entre ella y el grave momento. Por eso no sufre desgarradoramente la desgracia a punto de llegar y trata de olvidar la conmoción del gentío.

En su tibio mirar destella la entereza. Un dejo de paz traspasa su rostro de espesos labios, piel oscura y pómulos en relieve. “No tienen puntería para matarme. Dios hará su obra. Dame valor, Señor, en el instante final y acógeme ahí donde eres rey y existe paz”.

Narcisazo se ve desconcertado. Con mucho desánimo, mira a su hermana y se siente vencido. Respira hondo, buscando valor.

—Es una verdadera devota. Ha pensado en todo, hasta en el pudor. No para de rezar ni un segundo — comenta Baltasara a Rosa Duarte, suspirando.

—Una mujer valiente. Un ejemplo para nosotras, una ayuda inestimable para los trinitarios — responde Rosa, quien imagina el sufrimiento que padecerá su querido Juan Pablo cuando conozca el trágico final de María Trinidad, a quien llamaba tía, de tanto oír esa palabra en boca de Francisco, su amigo y compañero de lucha.

María Trinidad interrumpe la oración y contempla melancólicamente a sus amigas. “Son jóvenes, luchadoras y hermosas”, piensa. La apena que hayan ido a ver su ejecución, su partida de esta tierra, de la amada isla, de donde nunca salió ni para navegar las orillas del mar Caribe en una balandra.

Mueve levemente la cabeza y se dice: “No les puedo dar un mal ejemplo. Ellas, Juan Pablo, Francisco, Ramón y otros trinitarios son la esperanza de esta patria humillada. Tendrán que seguir luchando para que no triunfen los perversos, con Santana al frente, infeliz traidor. Que Dios perdone su maldad y egoísmo”.

Interrumpe los pensamientos de la escarmentada la ruda voz del coronel, que interroga a su hermano.

—¿Seño Narcisazo, va a disparar o no va a disparar?

—¡Usted es un demonio! ¡Ya dije que no se puede repetir el caso de Caín y Abel! —retumba la voz del arzobispo Portes.

María Trinidad pestañea, sorprendida por la violenta reacción del eclesiástico. La gente mira con curiosidad.

De súbito se produce un impresionante silencio. Entonces, a coro, suenan los aullidos de los perros. Malé, vuelto torbellino, agitando la cola, se le zafa a señor Narcisazo y salta sobre el oficial. Un disparo mata los alaridos.

Un hilillo de lágrima resbala por la piel lustrosa de María Trinidad. Su rostro y su cuerpo no se mueven, esperando la descarga mortal. A sus pies se posa un ruiseñor. La avecilla trina dulcemente. Ella se queda perpleja escuchando el bello canto. Los soldados, indiferentes a la magia del instante, tocan el gatillo, esperando la orden para disparar.